

DOSSIER

La larga marcha del voluntariado

The long running of volunteerism

Joaquín GARCÍA ROCA

Universidad de Valencia

RESUMEN

Nos proponemos identificar los modelos actuales de voluntariado con las respectivas funciones y tareas que se le asignan y él mismo protagoniza, en el interior de los universos culturales vigentes, en diálogo con las oportunidades del momento y en confrontación con las ideologías a veces hegemónicas que dificultan, impiden o promueven su proceso de maduración. Identificaremos las matrices culturales que alimentan la acción voluntaria, mostraremos los procesos sociales que le confieren su legitimidad histórica y pleitearemos con las distintas interpretaciones ideológicas con el fin de lograr su acreditación social.

PALABRAS CLAVE

Voluntariado, Ciudadanía, Participación, Solidaridad.

ABSTRACT

Our purpose is to identify the current patterns of volunteerism with the functions and tasks, within the cultural universe, in dialogue with the present opportunities and in confrontation with the ideologies that obstruct or promote the ripeness process. Also, we shall identify the cultural pattern of the voluntary action and show the social process of legitimisation. We shall study the different interpretations to obtain its social accreditation.

KEY WORDS

Volunteerism, Citizenship, Participation, Solidarity.

Recuperar la policromía del voluntariado es una operación tan necesaria como urgente para los voluntarios que no quieren convertirse en estatua de sal y para sus detractores, que desearían aparcarlo en un anticuario. Los itinerarios actuales de reconstrucción de la policromía nos remiten al debate cultural y a la crítica ideológica.

En las sociedades complejas, no existe el voluntariado sino los voluntariados con un amplio entramado plural asociativo; tanto su identidad como sus tareas y funciones están vinculadas a los contextos culturales y a las demandas sociales; la riqueza del voluntariado está en ser una realidad relacional en permanente metamorfosis hacia una mayor complejidad. Como institución moderna, está sometido al principio de diversificación continua que se sustancia en formas híbridas y variables. Su identidad, funciones y tareas, como entidad relacional, se configuran en torno a tres dinámicas: los *procesos sociales*, que le confieren su legitimidad histórica; las constelaciones *culturales*, que constituyen sus raíces éticas; los factores *ideológicos*, que le otorgan su pluralismo interno¹. Los tres procesos marcan los modelos de la acción social voluntaria ya que, como cualquier otra realidad social, el voluntariado es un fenómeno histórico sometido a un incesante proceso de maduración.

I. MADURACIÓN CULTURAL DEL VOLUNTARIADO

El voluntariado actual se ha ido creando como un complejo estrato geológico construido por materiales que proceden de distintas tradiciones y en el que coexisten, a la vez, sustancias de orígenes y

¹ GARCÍA ROCA, J. *Crítica política del voluntariado* (en imprenta).

características muy variadas; sus componentes proceden de una triple cultura que con frecuencia se superpone: la cultura de la ciudadanía, de la participación y de la solidaridad.

Cultura de la ciudadanía

La irrupción actual del voluntariado se inscribe en la tradición de la ciudadanía activa que le confiere una doble conquista: la constitución del individuo como una realidad autónoma y soberana, que decide libremente su propio compromiso; y la conciencia de gobernabilidad, que coloca en nuestras propias manos la gestión de nuestros asuntos. A causa de lo primero, el voluntariado responde al ejercicio de la libertad: «yo quiero»; y nace como expresión de la voluntad de cooperar con los otros. Gracias a lo segundo, los voluntarios asumen su papel activo en la construcción de la sociedad. Existen voluntarios porque hay personas que son conscientes de su ciudadanía y ponen voluntad a la acción y acción a la voluntad. Su espacio natural es la profundización de las libertades individuales, el reconocimiento de los derechos de las personas y el desarrollo de la responsabilidad individual.

Cultura de la participación

El resurgimiento actual del voluntariado incorpora igualmente elementos de la cultura de la **participación**, que asume dos convicciones claves: el valor de la implicación personal y la dignificación de las propias capacidades. *La cultura de la participación* ha aportado la convicción sustantiva de que los ciudadanos no sólo tienen problemas, sino que también tienen soluciones; no sólo tienen demandas que dirigen hacia fuera del grupo, sino que producen también respuestas. Existen voluntarios porque hay ciudadanos

que se han tomado en serio su derecho a participar organizadamente en la vida de las instituciones y en los procesos colectivos; este impulso cristaliza, de este modo, en movimientos sociales, en organizaciones barriales, en asociaciones de defensa de la naturaleza, etc.

Cultura de la solidaridad

El voluntariado actual, en su mayor parte, no es traído por cualquier ciudadanía ni por cualquier participación, sino que es finalmente un ejercicio de **solidaridad**. Ser voluntario es ser responsable (ciudadanía) ante los sujetos frágiles, portadores de derechos y deberes no sólo para sí sino para aquéllos que no los tienen reconocidos; ser voluntario es construir (participación) un mundo habitable no sólo para los fuertes y autónomos, sino para los más débiles e indefensos (solidaridad). De este modo, la ciudadanía y la participación se sustancian en el ejercicio de la solidaridad. La conciencia actual del voluntariado se ha construido en diálogo con los sujetos vulnerables, en confrontación con la exclusión no deseada, en referencia a una sociedad alternativa y más habitable.

El voluntariado se auto-comprende en nuestros días como un agente emancipador que, naciendo de la ciudadanía y de la participación, se ejercita como solidaridad a favor de la calidad de vida y, en particular, de los ciudadanos excluidos, cuya existencia está sometida al riesgo, al desamparo y a la inadaptación. Habrá voluntariado mientras se alimenten la cultura de la ciudadanía y de la participación, pero sobre todo mientras haya existencias que lo requieran y colectivos que sufran el rigor de la exclusión social.

En conclusión, puede afirmarse que el voluntariado es una expresión esencial de la tradiciones emancipatorias, sea en

su versión laica o en su versión religiosa. Los rasgos sustanciales que definen y circunscriben al voluntariado en el interior de sus distintas y variadas expresiones son los siguientes: a) ser una donación altruista libremente realizada; b) realizar un servicio concreto que se ubica en la gestión de lo cotidiano; c) ejecutar una acción no mercantil ni administrada; d) pertenecer a una organización.

II. TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO Y TIEMPO HUMANO

Las nuevas tecnologías constituyen una mutación comparable a la primera revolución industrial: han transformado el concepto y la organización del trabajo, han modificado las relaciones sociales, han activado mayores habilidades, han introducido nuevas oportunidades para la formación y, sobre todo, han permitido una nueva ordenación del tiempo humano que está induciendo un cambio profundo en los valores, en los imaginarios sociales y en la jornada laboral. La «sociedad post-industrial», la sociedad «de la información» o del «conocimiento» constituyen intentos de identificar esta nueva revolución impulsada por las nuevas tecnologías.

Las nuevas tecnologías están desplazando las formas industriales de trabajar y, de este modo, el trabajo productivo ha perdido su fuerza configuradora de la sociedad; en lugar de situar el trabajo productivo como articulador de la sociedad y eje de la identidad personal, asistimos al nacimiento de nuevos valores capaces de configurar una nueva representación del ciclo vital y una nueva estructura temporal.

Un nuevo ciclo vital

El éxito mayor de la sociedad industrial, desde la perspectiva de la antropología,

logía cultural, ha sido el poder de configurar socialmente el ciclo vital, conformando las distintas etapas de la vida a través de una modulación lineal.

La infancia y la **juventud** se convertirían así en la etapa preparatoria para entrar en la producción y asumir responsabilidades sociales; su tiempo primordial es el futuro. La **adultez**, por su parte, se identifica con la etapa productiva que acredita para desempeñar una profesión y, por lo tanto, se le atribuye la gestión del gobierno; su tiempo es el presente. La **vejez** constituía la población desechada por el sistema productivo: al quedar excedentes del trabajo, estaban condenados al ostracismo social y a la inutilidad. No importa que gocen de salud, de autonomía, de inquietudes sociales y culturales, si son inservibles para la producción, les pertenece el pasado con el tiempo de la memoria: sentarse en un banco al sol, como quien vive en una sala de espera.

El cuestionamiento actual de la centralidad del trabajo productivo permite que la juventud deje de sentirse como una mera reserva de la producción y recupere su capacidad para la participación, para la comunicación y para la actividad, que en ningún caso pueden desplazarse a otra etapa; asimismo, las personas mayores han comenzado a organizarse como sujetos históricos que no sólo reclaman una pensión o un club donde pasar sus horas muertas, sino también el derecho a una vida digna y participativa como ciudadanos.

Los propios sujetos frágiles pueden recrear su identidad personal y su estatus social desde otros referentes, como la actividad, la realización, la participación, la creatividad o la comunicación. Es posible reconocer la faz activa de las personas mayores, el valor de la comunicación de las personas disminuidas, la

contribución a la vida social de los improductivos, el valor de los débiles, aunque no produzcan. A medida que nuestra sociedad se va configurando desde otra centralidad que la producción, se van descubriendo nuevos actores sociales: las personas mayores, antes de ser improductivas, son personas activas; los niños, antes de ser infantes (sin voz), son niños que hablan y exigen; los jóvenes, antes de ser estudiantes, son jóvenes comprometidos con su tiempo; los pobres, antes de ser parados, son agricultores.

Una nueva estructura temporal

La revolución industrial no sólo configuró el ciclo vital, sino que organizó el tiempo humano en torno al ritmo de trabajo: se trabaja y se descansa para volver a trabajar; de este modo, trabajo y ocio configuran el tiempo humano. La revolución industrial produjo una separación muy rígida entre el trabajo y las demás actividades, que originó progresivamente la separación tajante entre el tiempo de trabajo y el tiempo de ocio. El tiempo de trabajo estuvo vinculado al trabajo remunerado, mientras el tiempo del ocio lo estuvo a la actividad graciable y gratuita. Cada uno de estos tiempos se diferenciaban como países en un mapa a través de diferentes colores, fronteras delimitadas y dominios incommunicables. La revolución industrial separó las funciones de producción y las funciones de restauración de la energía consumida en el trabajo. De parte del trabajo caían los ingresos, la remuneración, la disciplina y la protección social; de parte del ocio caía la realización personal, los contactos sociales, el reconocimiento social.

En la actualidad, el trabajo tiene otras funciones: además de proporcionar ingresos de los que dependen la mayoría de las personas para cubrir sus

necesidades, proporciona medios para adquirir y ejercitar conocimientos y capacidades, permite ejercer una actividad útil y realizarse personalmente, así como proporciona amistades y oportunidades de participar en actividades compartidas con otros y obtener, de esa forma, reconocimiento social. Estos cambios suponen una nueva atenuación de la división entre «tiempo de trabajo» y «resto del tiempo», con lo cual el trabajo vuelve a integrarse en una pauta de actividades más amplia.

La centralidad del trabajo productivo deja paso a la actividad y, en lugar de una civilización del trabajo, estaríamos ante una sociedad de la ocupación. Con frecuencia se piensa que trabajo equivale a empleo remunerado, lo cual es una visión muy simplificada, ya que el trabajo no remunerado tiene un lugar preponderante en la vida de las personas. Junto a otras modalidades de actividad, el trabajo voluntario tiene un considerable papel social (GIDDENS, 1998).

Los analistas sociales advierten que, en el futuro, el trabajo remunerado desempeñará una parte cada vez menos importante en la vida de las personas, puesto que el actual proceso social lleva a reducir la cantidad de tiempo dedicado al empleo remunerado para conseguir más tiempo libre. Esta nueva estructura temporal es la base social del voluntariado, ya que entre el tiempo de trabajo remunerado y el tiempo de ocio surge el tiempo liberado para realizar actividades socialmente útiles. El último informe del Club de Roma hace una propuesta interesante para enfrentarse al dilema del desempleo: dibujan un sistema de estratos o clases de trabajo, en el que el primer estrato sería el de un mínimo de actividad productiva remunerada sufragado por el Estado, que garantizaría a todos los ciudadanos un nivel básico de renta; el segundo sería el del trabajo

remunerado, sostenido por la economía privada; y un tercer estrato sería el reconocimiento de la autoproducción y de las actividades no remuneradas como parte de la riqueza nacional (GIARINO, LIEDTKE, 1998).

III. LA NUEVA VULNERABILIDAD

La transmutación de los peligros tradicionales en riesgos caracteriza el proceso de modernización. La índole de las amenazas, que golpean a la existencia humana, está cambiando de naturaleza, lo cual comporta un nuevo estatuto de la vulnerabilidad humana y, en consecuencia, de la procura humana. Los analistas sociales han advertido un cambio sustantivo que nos conduce de la tradicional sociedad de *peligros* a la sociedad emergente de *riesgos*. Todas las amenazas que se han originado en la última década tienen el marchamo de riesgo. Las llamadas pandemias de finales de siglo -ya se trate de la amenaza nuclear, de la droga, del desempleo, del racismo, del SIDA o de la experimentación genética...- han dejado de ser peligros para metamorfosearse en riesgos. Con el advenimiento de la sociedad post-industrial se retrotraen los **peligros** y se agrandan los **riesgos**, al menos en tres formas esenciales.

En primer lugar, los peligros son **concretos e identificables**, hasta el punto de que pueden delimitarse a través de una «zona de peligro»; así sucede en la carretera cuando hay una curva peligrosa, o en el monte cuando se acota la prohibición de fumar a un lugar concreto. Los riesgos, por el contrario, son amenazas sin dintornos, que no se pueden señalar ni acotar en un espacio ni en un tiempo propio, de manera que el riesgo te sorprende tanto en la curva como en la línea recta a causa del estrés acumulado en la conducción, o de la concurrencia de otros conductores o del

estado general de la carretera. Lo que diferencia una enfermedad venérea de la enfermedad del SIDA consiste, precisamente, en que ésta última rompe cualquier intento de identificación en grupos poblacionales para identificarse como prácticas de riesgo.

Mientras el peligro se considera una realidad **exterior** al sujeto, los riesgos están vinculados a las decisiones y, en consecuencia, forman parte de la misma **dinámica interna** de la opción. Los riesgos actuales pasan a ser *responsabilidad*, tanto de los seres individuales como de los grupos sociales, tanto de las personas como de las estructuras, tanto de los poderes económicos como de los poderes políticos, tanto de las fuerzas locales como de las mundiales, tanto de las empresas como de las autoridades administrativas o formaciones sindicales. Lo que confiere al SIDA su último dramatismo es precisamente aquello que lo convierte en un capítulo de la responsabilidad personal. Tanto su contagio como su prevención está en nuestras manos.

Los peligros son **calculables** y estadísticamente previsibles, de modo que pueden planificarse razonablemente los dispositivos a desarrollar ante él; los riesgos, por el contrario, son incalculables e imprevisibles sus consecuencias. En palabras de BECK, «no hay expertos en riesgos». Pero sobre todo, la condición **natural** del peligro se ha transmutado en un hecho **social** cuando se trata de riesgos; los peligros son inseparables de su condición social, de modo que no existen catástrofes naturales: para que se produzca un incendio no es suficiente que haya una descarga eléctrica, sino que es necesario que el bosque esté sucio o que haya crecido sin masa forestal, lo cual es un acontecimiento estrictamente social.

La nueva pr ocura

Enfrentarse a los riesgos emergentes y asumir sus desafíos específicos sólo es posible a través de nuevas relaciones de ayuda. La sociedad de peligros generó una intensa demanda de instituciones potentes que convirtió al Estado en el referente de todas las expectativas sociales y en el sujeto central de la protección. Si el Estado era capaz de hacer un hospital, debía ser capaz de responder ante los pedriscos del campo. Se inicia, así, la carrera hacia la sobredimensión de las Administraciones. De este modo, los mecanismos de producción de la solidaridad en la sociedad de peligros se convertían en abstractos y formales; es el caso de la Seguridad Social, que generaba una solidaridad intergeneracional de índole abstracta, ya que nadie era capaz de vivir su impuesto sobre la renta como un capítulo de la pensión de su padre. Asimismo, se producía un desarrollo de los procesos burocráticos y una creciente pesadez de la reglamentación social, cuya expresión máxima fue la constitución del Estado de Bienestar como cristalización de la solidaridad institucional (RONSANVALLON, 1981).

En la actual crisis del Estado de Bienestar, subyace una demanda de solidaridad más directa como respuesta a la persistencia de los riesgos; se trata de multiplicar los lugares intermedios y potenciar la solidaridad cálida. No se trata tanto de crear micro-colectividades estables y cerradas, que serían propias de la sociedad de peligros, cuanto de multiplicar las relaciones directas y las pertenencias cálidas en múltiples espacios sociales.

Asistimos por este motivo a una recuperación de las redes sociales de protección, cuya importancia económica y social todavía resulta inimaginable; asistimos a la revalorización del propio territorio, que había sido neutralizado por el

Estado de Bienestar; ya no es posible ni pertinente separar la carencia de la historia de la carencia. Asistimos a la vigencia de la economía social, en algunos casos prácticamente sumergida, como lugar de resistencia frente al vigor de los golpes económicos. Asistimos al resurgimiento del voluntariado como virtualidad del tiempo libre, que puede llegar a estar disponible para acciones solidarias en el contexto de los riesgos; cuanto menos disponen los individuos de tiempo libre, más se convierten en demandadores de Estado y en consumidores de mercado, ya que no pueden otorgarse servicios mutuos, ampliar sus actividades de vecindad y activar todas las formas de solidaridad. Todas estas formas de la solidaridad son como amortiguadores secretos que reducen la vulnerabilidad personal ante los riesgos.

Se puede observar en la crisis que vive hoy la asistencia social en el ámbito de la infancia. Se construyó para tiempos de peligros y con materiales institucionales (adopción, internamientos y prestación económica); en la actualidad, tanto las Residencias como las prestaciones económicas se muestran insuficientes siquiera para amortiguar los riesgos. Los servicios contra los riesgos necesitan incidir en los comportamientos de la comunidad, modificar las actitudes generales y activar la interacción sinérgica entre todos los sujetos sociales.

De la solidaridad visible

Mientras los peligros se vivieron como un capítulo de la naturaleza, los riesgos por el contrario son aventuras sociales, que son inseparables de las relaciones. El peligro del riesgo consiste precisamente en vestirse de naturaleza, ocultando así su verdadera naturaleza social. La tragedia se ha advertido en los modos de extenderse del SIDA. Mientras se vinculaba a un determinado «grupo de riesgo»,

naturalizándose de este modo el comportamiento («sólo se contagia en un determinado lugar y con una determinada gente»), la enfermedad campaba por sus fueros y crecía sin ningún control por la vía de la heterosexualidad. Los riesgos soportan mal su naturalización.

Frente a esta patología de los riesgos, son pertinentes las prácticas de visibilidad, para evitar convertirse en un fenómeno natural. Los riesgos están pegados a la sociedad de la que forman parte, de la misma manera que la piel se pega al cuerpo con idéntica intimidad y encarnadura. Y al igual que una epidermis, sigue la superficie corporal hasta en su más ínfimo detalle: en cada repliegue, en cada curva, en un grano pasajero o en la ruptura permanente de una cicatriz. Los riesgos en la actual organización social son como el tejido dérmico, con lo cual resultan invisibles ya que se confunden con la sociedad misma. De tan invisibles, se encuentran sumergidos e invisibles como la piel misma.

Hacer visibles los riesgos, permitir que emerjan, que no se oculten en las cloacas del sistema ni se naturalicen, es el reclamo más evidente de la nueva solidaridad. Para ello, una vez se tratará de crear un sistema de debate y de formación de la opinión pública; otras veces, de realizar una auténtica lucha cultural contra los estereotipos sociales o de crear laboratorios de observación de los caminos de la insolidaridad.

Y consecuentemente, hay que acrecentar la visibilidad social de los movimientos solidarios, que son como una especie de corriente sumergida que precisa salir a la superficie. Debe evidenciarse el montante real de los gastos sociales que están vinculados a los salarios, debe evidenciarse el destino final del impuesto al consumo, deben explicitarse los mecanismos ocultos solidarios que sostienen las prestaciones sociales.

IV. LA IRRUPCIÓN DE UN NUEVO ESPACIO SOCIAL

La tradición del voluntariado es, como diría aquel gran fugitivo del fascismo, Walter Benjamin, una «débil fuerza», una «chispa mesiánica» que explota en contacto con los sujetos frágiles y con las causas de interés general. Hay una historia del sufrimiento que activa respuestas compasivas que cristalizan en una enorme geografía de relatos solidarios. La acción voluntaria se asienta sobre un proyecto de recuperación de la subjetividad, sobre la cultura de la gratuidad y sobre la recreación de la tradición comunitaria.

El proyecto de modernización es, por el contrario, una potente fuerza que conduce el progreso como una locomotora a través del poder y del dinero; su expresión suprema han sido los sistemas de protección construidos bajo el impulso de la modernización, que tienen en la imaginaria institucional el referente colectivo. La modernización se entiende como el itinerario que realiza el bienestar por la vía **jurídica y política**. Son los dos instrumentos esenciales para la realización de los derechos humanos y la consecución del bienestar: uno encarna la aspiración hacia la seguridad y el otro, hacia la igualdad (LUHMANN, 1992).

Hoy estamos en condiciones de afirmar que un proyecto de transformación asentado sólo sobre estas dos patas es un proyecto «renqueante, cojo y manco», como diría Unamuno. Y no porque las conquistas jurídicas y los compromisos políticos sean innecesarios, sino porque son insuficientes. No cabe duda que se puede y se debe aprobar todas las leyes que desarrollen los derechos y el marco jurídico para resolver los conflictos, pero ningún reconocimiento jurídico les dará a los seres humanos lo necesario para una vida libre y digna. Incluso, podría suceder que una creciente judicialización de todos los pro-

blemas sociales causara efectos perversos para su desarrollo.

¿Quién se atrevería hoy a negar que el compromiso del Estado en la construcción de la calidad de vida sea necesario?. ¿O a afirmar que el Estado debe reducirse a la defensa o al control de la propiedad, pasando de largo de todo lo que signifique protección? (ROSANVALLON, 1991). Ningún reconocimiento de derechos sustituye a las condiciones práctico-materiales para su realización; y una creciente e ilimitada intervención administrativa del Estado en el bienestar resultará no sólo insuficiente sino también, en ocasiones, perversa. El itinerario jurídico exige el itinerario político y ambos exigen y reclaman los itinerarios sociales que recuperan el paradigma del don (CAILLÉ 1998).

El paradigma del don

La atención creciente a las redes sociales primarias es un lugar de creatividad social que puede innovar la intervención social, ya que propone una mayor personalización en los servicios a las personas y la necesidad de responder a necesidades cuya respuesta no puede ser sólo por la vía institucional. Con el advenimiento de la sociedad de mercado y el nacimiento del Estado social, la mayor parte de los bienes y de los servicios se distribuyen por el Estado o se compran en el mercado. Mercado y Estado liberan a los sujetos de la dependencia de los otros sujetos y de las redes por donde circulan el afecto y la donación, hasta declararlas innecesarias (GODBOUT, 1996).

La insuficiencia del derecho y de la política reclaman la constitución de una esfera social de relaciones personales y solidarias, sustraída a la lógica administrada del poder y a la lógica mercantil del dinero. La creación de estos espacios de implicación y responsabilidad son el origen mismo de la acción voluntaria. En la

sociedad hay tres principios para circular las cosas, los bienes y los servicios: la equivalencia, la igualdad y el don (GARCÍA ROCA, 1992).

Hay también necesidad de prestaciones no administradas ni mercantilizadas, en las que se pueda experimentar la gratuidad y el desinterés a través de los servicios de proximidad que han desarrollado la tradición comunitaria y las organizaciones solidarias. De suerte que el crecimiento en servicios y en prestaciones no se puede hacer a costa del intercambio humano y de la comunicación; en todo momento de la historia humana, las funciones aseguradas hoy por las instituciones (la educación de los niños, el cuidado de los huérfanos, la solicitud por los perdedores) eran producidas y asignadas a través de intercambios solidarios.

Hemos de recuperar el dinamismo del don, que existe en el interior mismo de todas las culturas, creando vinculaciones comunitarias y lazos sociales. Las vías jurídica y política han tenido una poderosa capacidad desmovilizadora, hasta desplazar la responsabilidad de las comunidades humanas hacia instancias exteriores y han fragilizado la implicación de las organizaciones en la resolución de sus propios riesgos.

Socios y próximos

El actual proyecto de modernización está solicitando una triple compensación, social, técnica y ética. La compensación social se enfrenta críticamente a la sobredeterminación del bienestar por la **vía jurídica y la vía política**, hasta llegar a concebirle como un producto de la política y del derecho. Al posponer la **vía social** en la construcción del bienestar, se debilitó la tradición de los vínculos comunitarios y de este modo, como advertía Marx, «cuanto es sólido se disuelve en el aire».

La compensación técnica, ante la sobredeterminación de un **modo de producción** que sobrevalora los **recursos institucionales** y **las prestaciones sociales**. Al posponer el valor de lo informal, de las capacidades humanas y de las organizaciones de capital humano, relegaba a un plano secundario el papel del voluntariado.

La compensación ética, ante el proceso de modernización que ignoró finalmente la densidad de las **pirámides de sacrificio** que causaba el propio proceso de modernización y de este modo acalló los gritos de los perdedores.

Si no nos enfrentamos a este triple olvido, el programa modernizador que comenzó hace unas décadas estará próximo a su agotamiento, no sólo en lo que se refiere a sus promesas económicas, sino también como proyecto civilizador (FONTANA, 1994). La modernización anunció el triunfo definitivo de la lógica del Mercado y de la Administración como motores del desarrollo y como principios de la organización social; se construía así la matriz moderna de la acción colectiva, que se apoyaba prioritaria y casi exclusivamente sobre los agentes políticos (partidos) y agentes económicos (empresas y sindicatos).

La existencia del voluntariado abre nuevas posibilidades de acción colectiva, recrea y rehace la matriz de la acción socio-política, ya que no se limita a reforzar al Estado a través de sus actores políticos ni a reforzar al Mercado a través de sus actores económicos, sino que potencia los actores sociales.

El significado actual del voluntariado no está en su carácter anti-estatal que se postula desde las posiciones contra-modernizantes, ni en su carácter anti-mercantil que se hace desde posiciones postmodernas, sino en la dimensión participativa a través del reforzamiento de las iniciativas sociales y de la ciudadanía, así

como de la «densificación de la sociedad civil» que amortigua la tendencia antropofágica de absorción que tiene el Estado y el Mercado.

Recursos institucionales y dinámicos comunitarios

El crecimiento como progreso concibe las políticas pro-bienestar como producción, gestión y distribución de recursos, hasta convertirlos en la pieza angular de las políticas sociales. La gran invención de la modernidad fue identificar el concepto de servicios a las personas con su expresión económica, que los identifica con las fuerzas productivas que se materializan en forma de capital y de trabajo; la combinación de ambos factores originaba el progreso económico.

Las consecuencias han sido de dos tipos: se valoran exclusivamente aquellos recursos que se expresan monetariamente y se ignoran los potenciales recursos que no han sido valorizados económicamente. El voluntariado maduro se enfrenta a esta reducción, que finalmente malogra todos los potenciales que escapan a lo económico; el voluntariado amplía el concepto mismo de recurso al incorporar «todos los elementos y fuerzas materiales e inmateriales que tengan potencialidad de ser aprovechados en alguna actividad o proceso económico» (RAZETO, 1986).

Los intentos por conceptualizar los recursos desde el «capital y trabajo» se han decantado finalmente por identificarlos con los recursos **actualizados**, sin considerar en ningún caso los recursos potenciales. Como han advertido ya algunos economistas (MAX-NEEF, 1986), los recursos se confunden con los **factores** de la producción. La prepotencia de la perspectiva económica ha colonizado todos los ámbitos de la vida y ha operado un grave cortocircuito con respecto a

todos los recursos alternativos que carecen de una lógica estrictamente económica. Las consecuencias han sido graves en el ámbito de la acción social.

La vigencia del voluntariado puede compensar esta reducción de los recursos. El voluntariado es un recurso que no ha sido valorizado por el **capital**, e incluso no será valorizable monetariamente, pero que puede adquirir valor y ser utilizado productivamente -incluso, con elevada productividad- en la resolución de las necesidades humanas. Asimismo, el voluntariado es un recurso que no ha sido valorizado por el **trabajo**, e incluso no será valorizable laboralmente, pero que puede adquirir valor y ser utilizado productivamente -incluso, con elevada productividad- en la resolución de las necesidades humanas.

La fuente del voluntariado como recurso para las políticas sociales son las **capacidades de las personas**: su conciencia, su voluntad, sus fuerzas morales, su imaginación, su sensibilidad, que se proyectan a través de la creatividad, la organización y la acción. Lo que primariamente moviliza el voluntariado no son los recursos convencionales (capital y trabajo), sino sus propias capacidades, su nivel de conciencia social, la cultura organizativa, la capacidad de creatividad popular, la energía solidaria, la ayuda mutua y la capacidad de compromiso.

La combinación entre las capacidades de las personas y la relación gratuita configura el voluntariado a través de la **acción conjunta**, que pone en común las capacidades de los asociados. No son suficientes las fuerzas individuales para que surja el voluntariado actual, sino que es necesario algún tipo de organización y cooperación. En el interior del voluntariado hay siempre un **sujeto colectivo**, que cristaliza en el uso compartido de las capacidades de las personas y en la adopción colectiva de las decisiones.

V. TRAMPAS IDEOLÓGICAS DEL VOLUNTARIADO

El voluntariado actual es una realidad híbrida, heterogénea y compleja, que construye su identidad no sólo como respuesta a las transformaciones de las necesidades sociales, sino también en confrontación con las distintas constelaciones ideológicas. Podemos identificar, como es habitual entre los comentaristas, **tres matrices ideológicas**, con sus respectivas providencias, que convierten al voluntariado en una realidad socialmente interpretada (BERGER, KELLNER, BERGER, 1970).

Voluntariado en la órbita contramoderna

En la órbita de la contra-modernización, la irrupción del voluntariado es una forma de revalorizar los elementos premodernos, invocar la vuelta al orden natural y restaurar la comunidad primitiva. Se desarrolla en oposición y resistencia a las conquistas de la modernidad y responde a formas nostálgicas de abordar las necesidades sociales. En diálogo con él, el voluntariado maduro y acreditado está recuperando su compromiso transformador, su dimensión política y el valor de la organización.

No cabe duda que un cierto voluntariado -y no se puede afirmar que sea ya un hecho pasado- se ha desarrollado frente a cualquier compromiso emancipatorio. En la concepción pre-moderna, el voluntariado es un modo de procurar unos por otros en un contexto rural. Se le invoca para controlar o contener el proceso de modernización; se reafirma defensivamente frente a las instituciones modernas, especialmente frente al Estado Moderno, a quien le atribuye haber deshecho los vínculos sociales y frente a las profesiones sociales, a quienes culpa de haber fragilizado los modos naturales de ayudarse mutuamente.

Las instituciones modernas, especialmente las Administraciones públicas con sus burocracias, así como la profesionalización de la acción social, se convierten para este tipo de voluntariado en el ogro filantrópico que debe ser evitado. En la perspectiva conservadora, gobiernos y mercados atendieron mal las necesidades sociales, por lo que las organizaciones solidarias actuarán como árbitros y defensores del pueblo frente a las fuerzas mayores del gobierno y del mercado. Como afirmaba el presidente REAGAN, el futuro estará de parte de la bondad de los corazones y del sentido de buena vecindad (RIFKIN, 1995). Por lo que el voluntariado pre-moderno se propone restaurar el valor de la generosidad personal frente a las conquistas de los derechos individuales y sociales.

Ante esta ofensiva neoconservadora, el voluntariado maduro, en una sociedad dinámica, recrea su pertenencia a la tradición emancipatoria y considera irreversibles algunas adquisiciones, como la conquista de los **derechos civiles, políticos y sociales** -a cuya universalización servirá el voluntariado-, el compromiso del **Estado** en la construcción de los sistemas públicos de atención a las necesidades y la profundización de la **democracia** como desarrollo de la ciudadanía. El voluntariado maduro sabe que no se puede construir sobre las cenizas de lo público y que los sujetos frágiles no ganan cuando el Estado renuncia a sus responsabilidades; más bien, considera esencial entre sus funciones exigir y contribuir al buen funcionamiento de los servicios públicos, de las profesiones y de los derechos. En ningún caso se propone fragilizar los compromisos del Estado ni debilitar la profesionalización de la acción social o dar por generosidad lo que corresponde por derecho. Un ciudadano que fuese personalmente indiferente a estas conquistas sería una caricatura del voluntariado. Mientras el voluntariado contramoderno intenta asumir un protagonismo principal en los

servicios e incluso sustituir a los compromisos del Estado de Bienestar, el voluntariado maduro los exige como un capítulo esencial de la distribución de los bienes sociales y del ejercicio de la ciudadanía activa. La irrupción del voluntariado maduro en la construcción del bienestar no puede debilitar en ningún caso los derechos que constituyen el pacto implícito y el vínculo de legitimación de las instituciones democráticas.

El voluntariado actual conquista, asimismo, la conciencia de la *dimensión política* y sitúa su acción en el interior de un horizonte de transformación. La acción voluntaria enlaza las posibilidades con la realidad; más allá de construir castillos en el aire, es un buscador continuo de nuevas fronteras. Cada acción voluntaria es la realización de posibilidades, o es arranque de posibilidades, o ambas cosas a la vez. La vuelta de lo social que propugna el voluntariado no responde a formas nostálgicas, sino a acciones anticipatorias, que aspiran a crear e inventar posibilidades nuevas; posee una connivencia esencial con la creatividad y la anticipación. Lo suyo es inventar posibilidades que la realidad admite: ahí están para testimoniarlo la cantidad de grupos que con su presencia en el campo de la droga, de la ecología, de las minusvalías, de la ancianidad, de menores en riesgo..., se han anticipado a las leyes y a las respuestas institucionales.

Mientras el voluntario contra-moderno se interpreta a sí mismo como una aventura individual que se sostiene sobre la generosidad y el desinterés personal, hasta alcanzar incluso altas cuotas de heroísmo individual, el voluntariado actual descubre el valor de la organización: no existe voluntariado sin organización. No se trata tanto de una institución ociosa que se vincula a la clase media a causa de su tiempo sobrante, cuanto de ciudadanos que se autoorganizan para

construir un proyecto colectivo. Mientras el voluntariado vivió de espaldas a todo intento por organizarse, conoció sin duda la generosidad individual e incluso el heroísmo personal, pero no llegó a significarse como interlocutor social. No importa que se haga defensa del excluido o atención hospitalaria, defensa de la naturaleza o promoción de la salud; lo decisivo es que se realice en el interior de una organización que considere las capacidades humanas como su mayor capital; de este modo, el voluntario se incorpora a «la ecología social de la sociedad post-industrial» (DUCKER, 1993). No se es voluntario individualmente, sino que le es esencial estar organizado en el interior de una asociación. Probablemente, ha sido este hecho lo que ha marcado el salto cualitativo de mayor calado en la historia del voluntariado.

Voluntariado en la órbita de la modernización

El voluntariado maduro pleitea, igualmente, con la ideología de la modernización, que se substancia en el desarrollismo y postula la omnipotencia de la Administración y del Mercado en la producción y distribución de bienes sociales. El crecimiento recae sobre las instituciones políticas y económicas, que de este modo producen una reducción general de los bienes sociales a la forma de mercancía y de administración. La modernización de las políticas sociales ha ignorado los sentimientos de gratuidad y desinterés (GODBOUT, 1992); en la medida en que el voluntariado representa una racionalidad distinta a la mercantil y a la administrada, nos encontramos ante dos dinámicas contrapuestas.

Entre un cierto proyecto de *modernización*, que ha presidido en las últimas décadas la construcción de las políticas sociales y el *voluntariado* maduro, con la cultura y las organizaciones que le son

propios, ha habido un profundo y radical desencuentro, que todavía hoy persiste. La contraposición ha tenido una lectura **histórica**, que contrapone los *sentimientos benévolos* a los sistemas de protección basados sobre los derechos; una lectura política, que contrapone las actitudes privadas, que derivan de la subjetividad, a la esfera pública, que está presidida por la objetividad y el experto; y una lectura ética, que contrapone la donación gratuita a la *justicia institucional*.

Para el voluntariado maduro, la tesis de la contraposición ha perdido su credibilidad, aunque se pueda rastrear tanto en algunos despachos y cátedras como en algunos púlpitos. La idea de incompatibilidad entre modernización y voluntariado, que afirma que sólo se puede tener una de ellas a costa de la otra, resulta finalmente una «estrafalaria construcción de suma cero» (HIRSCHMAN, 1991). En lugar de la contraposición entre voluntariado y modernización de las políticas sociales, existe una complementariedad sinérgica por la cual pueden interactuar de manera positiva, aunque muchas veces lo sea de manera crítica; es posible vincular el voluntariado con el proyecto inacabado de modernización, así como establecer sus conexiones a partir precisamente de los grandes olvidos producidos por la modernización. Un buen concepto de voluntariado tiene consecuencias positivas para cualquier proyecto humanizador y es pertinente para corregir los efectos perversos vinculados al proceso de modernización (RONSAVALLON, 1981).

Hay una ideología de la modernización que ha declarado al voluntariado innecesario. Afirman que, si hay derecho, no se necesita la generosidad y si hay profesionales, no son necesarios los voluntarios. En el ámbito social, en lugar de la llamada buena voluntad, entraría la dura pedagogía de la causalidad (LUHMANN, 1993). A lo máximo, conceden a los voluntarios

una existencia residual ya que, cuando el Estado crezca suficientemente, no serán necesarios los voluntarios; cuando los profesionales puedan asumir su total responsabilidad, los voluntarios serán contraproducentes. ¿Cuándo resultan necesarios los voluntarios en el contexto modernizante? Sólo allí donde el Estado no llega, faltan presupuestos o profesionales. Se inicia, de este modo, **la reducción instrumental** del voluntariado, que llegará a tener graves reflejos en la propia conciencia del voluntariado que, al hacer suya esta tesis, mantiene su provisionalidad hasta que lleguen los que están habilitados para ello.

Por la fuerza de la modernización, se ha creado un voluntariado instrumental que se agota en la prestación de servicios y que se fomenta desde las Administraciones a través de incentivos y contraprestaciones; responde a una finalidad estratégica, como si fuera un premio aplazado capaz de inducir la práctica voluntaria: trabajo solapado, curriculum profesional, mérito para la adquisición de la vivienda...

El voluntariado maduro, por el contrario, se entiende a sí mismo como la expresión original de una sociedad que se auto-organiza, como el despliegue de un dinamismo social que se concretiza en proyectos solidarios. El voluntario no se considera instrumento de nada ni de nadie, sino la realización misma de la propia sociedad (CAILLÉ, 1998). Está donde debe estar en razón de la naturaleza de los bienes que se crean y se distribuyen, como expresión de la lógica de la gratuidad y de la donación.

Hay un concepto de progreso que la modernización ha vinculado a las instituciones frente a los procesos comunitarios. De este modo, ha debilitado los vínculos sociales e incluso, en muchas ocasiones, los ha destruido. Le es esencial el crecimiento ilimitado, el progreso unilineal y la

racionalidad funcional, que se substancia en la mentalidad ingenierística que ignora el valor de la autoorganización social, la dignidad de lo informal y la fuerza del don (FOLGHERAITER, 1998). El voluntariado maduro se apoya en el modo de producción comunitario.

Voluntariado en la órbita de la post-modernidad

Hay un voluntariado que responde al universo simbólico de la post-modernidad, recibe de él nuevas legitimaciones y ha contribuido a su actual vigencia; hay un voluntariado que ha sido revalorizado por la conciencia post-moderna en tres direcciones concretas: como manifestación del dar libremente y sin obligaciones, como expresión del individualismo expresivo, como presencia del sentimentalismo sin racionalidad.

Para la cultura post-moderna, el voluntariado responde a la exaltación del «dar libremente», sin obligaciones ni derechos para quien ayuda ni para quien es solicitado; el moderno voluntariado, desde esta perspectiva, manifiesta el eclipse del deber, una moral sin obligaciones ni sanciones y el compromiso adquirido en libertad. En lugar del «tú debes», regular, monótono, incondicional, tenemos la libertad de decisión, que se hace porque así lo decides libremente y no porque te lo imponga nadie de fuera. En consecuencia, la vigencia del voluntariado es la manifestación suprema de no asumir obligaciones en la dedicación a los demás. Son los valores que consagran al individuo y a su libertad los que han permitido realzar el prestigio del voluntariado (LIPOVESKY, 1994). El voluntariado post-moderno es una figura típica del individualismo actual, que ha legitimado el derecho a vivir para uno mismo y una **modalidad del amor a sí mismo**, que convierte al voluntariado en una acción interesada.

Este clima cultural le ha servido, sin duda, al voluntariado para distanciarse de la moral del deber, que convirtió la acción voluntaria en un ejercicio de la austeridad y del sacrificio. Por la fuerza de la post-modernidad, cada vez son menos los voluntarios que sostienen su acción voluntaria sobre el deber. Mientras la moral del amor es una moral de la alegría, la del deber lo es del esfuerzo (ALBERONI, VECA, 1988); mientras en la moral del amor la acción voluntaria se realiza con el corazón abierto y con placer, en la moral del deber la acción voluntaria se realizaba con esfuerzo, a disgusto, contra la propia espontaneidad.

La vigencia del voluntariado en la etapa del individualismo antepone el altruismo indoloro, cuya máxima expresión es el voluntariado expresivo o estético, que promueve actos puramente recreativos que se realizan por el simple placer de participar en su realización. Interrogados sobre sus móviles profundos, los voluntarios no actúan movidos por ningún **para qué**, sino por el propio gusto. El voluntariado maduro, en confrontación con este clima cultural, sabe que en ocasiones hay que renunciar incluso al propio derecho para que los otros puedan vivir; hay un voluntariado que destruye y estropea la felicidad consumista del ciudadano-telespectador, de suerte que será más probable encontrarse con este voluntariado en las Olimpiadas que haciendo camino con las víctimas.

La cultura post-moderna enfatiza el sentimiento como el principal creador de valores y el motor del progreso moral. Entre estos sentimientos, se estima el valor de la generosidad, de la caridad e incluso de los estremecimientos del corazón: los rockeros cantan a los parias de la tierra, las estrellas se comprometen con las buenas causas y la televisión multiplica las emisiones de ayuda (LIPOVETSKY, 1994). En este contexto, la caridad se ha convertido en un espectáculo mediático:

olimpiada de la beneficencia, maratón del corazón, que se manifiesta en ocasión de los grandes infortunios. Funciona como nueva modalidad del consumo de masas y de una bondad que no requiere esfuerzos. El espíritu de la postmodernidad ha traído de nuevo la vigencia de las acciones generosas.

El voluntariado maduro, por el contrario, vincula el altruismo con la racionalidad y contrabalancea el sentimiento con la racionalidad, ya que la acción voluntaria no consiste sólo en ser generoso, sino en responder a las necesidades del otro. El voluntariado nace de la solidaridad, pero no acaba en ella. El sentimiento por sí mismo no hace a nadie voluntario; más bien, necesita de la razón. Se puede amar a una persona frágil e impedirle crecer; se puede acoger a un niño deficiente y no ser un acto razonable (GARCÍA ROCA, 1998).

En la órbita de la postmodernidad, el voluntariado se presenta como la alternativa a la disolución de los megadiscursos políticos e ideológicos, de modo que los valores sociales han ocupado el

vacío de lo político y la solidaridad inmediata sustituiría a la militancia o al compromiso político. El voluntariado sería un síntoma de la desafección hacia las ideologías políticas y la contrafigura del militante. El voluntariado se alimentaría, según esta visión, de quienes desdeñan o menosprecian el compromiso político.

A la madurez del voluntariado corresponde la conciencia activa de su dimensión política; ciertamente, de otra política, pero política al fin y al cabo. El voluntariado maduro no desprecia la transformación social por la vía política, ni recoge en sus organizaciones a quienes desdeñan o menosprecian el compromiso político; más bien, reconoce la grandeza de la política y la considera necesaria para construir una sociedad alternativa. Pero sabe también que es posible limitar el poder de la política a través del reconocimiento de lo pre-político, como es posible construir una justicia amable y hermanar la justicia con la solidaridad, el deber con la alegría de la acción gratuita.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.(1991) *Face a l'exclusion. Le modèle français*. Ed. Esprit. París.
- Albarracín, J. (1991) *La economía de mercado*. Ed. Trotta. Madrid.
- Alberoni, Veca. (1988) *L'altruismo e la morale*. Garzanti, Milano.
- Barcellona, P. (1992) *Posmodernidad y comunidad*. Trotta, Madrid.
- Caillé, A. (1998) *Le Tiers paradigme. Antropologie philosophique du don*. La Decouverte. París.
- Castel, R. (1984) *La gestión de los riesgos*, Ed. Anagrama.
- Castel, R. (1995) *Les métamorphoses de la question sociale*. Fayard.
- Club de Roma (1991). *La primera revolución mundial*. Janes. Barcelona.
- Crozier, M. (1991) *Etat modeste, Etat moderne*. Ed. du Seuil.
- Donati, P.(1991) *Teoria relazionale della società*. F. Agnelli, Milano.
- Drucker, P.(1993) *La sociedad poscapitalista*. Apóstrofe, Barcelona.
- Duvignaud, J. (1990) *La solidaridad*. FCE. Mexico 1.990.
- Enjolras, B.(1993) *La estructuración de la oferta de servicios de proximidad*, en *Ciriec España* 16.
- Esping-Andersen. G (1993) *Los tres mundos del Estado del Bienestar*. Ed. Alfons el Magnánim. Valencia 1.993.

- Folgheraiter, F. (1998). *Teoría e metodología del servicio social. La prospettiva di rete*. FrancoAngeli. Milano.
- Fontana, (1994). *La Europa y sus espejos*. Catedra, Barcelona.
- Habermas, J. (1988). *Ensayos políticos*. Ed. Península, Barcelona.
- Handy, CH. (1988). *Understanding voluntary Organizations*. Penguin Books, Middlesex.
- Hirschman, A. (1991). *Retóricas de la intransigencia*. FCE. Mexico.
- Galeano, E. (1993). *Las palabras andantes*. Siglo XXI, Madrid.
- García Nieto, J. Del pleno empleo a la plena actividad, en *La inserción sociolaboral a debate*. Generalitat valenciana. Editorial Popular. 1. 993.
- García Roca, J. (1992). *Público y privado en la acción social*. Madrid.
- García Roca, J. (1994). *Solidaridad y voluntariado*. Santander.
- García Roca, J. (1995). *Ante la exclusión social*. Santander.
- García Roca, J. (1998). *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*. Hoac, Madrid.
- Giarino, Liedtke. (1998). *El dilema del desempleo*. Galaxia Barcelona.
- Godbout, J. (1992). *L'Esprit du don*. La Découverte, Paris.
- Godbout, J. (1996). *Le langage du don*. Fides Montreal.
- Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber*, Anagrama, Barcelona.
- Luhmann, GIORGI (1992). *Teoría della società*. FrancoAngeli. Milano.
- Luhmann, N. (1993). *Teoría política en el Estado de Bienestar*. Alianza.
- Marina, J.A. (1995). *Ética para náufragos*. Anagrama, Barcelona.
- Marina, J.A. (1997). *El misterio de la voluntad perdida*. Anagrama Barcelona.
- Max Neef, Elizalde. (1987). *El desarrollo a escala humana*. Chile.
- Mishra, R. (1992). *El Estado de bienestar en crisis*. MT. Madrid.
- Offe, C. (1990). *Contradicciones en el Estado del Bienestar*. Madrid.
- Offe, C. (1992). *La gestión política*, Ministerio de Trabajo, Madrid.
- Offe, C. (1992). *La sociedad del trabajo*. Alianza Universidad, Madrid.
- Paci, M. (1990). *La sfida della cittadinanza sociale*. Ed. lavoro Roma.
- Polany, K. (1989). *La gran transformación*. Ed. La Piqueta. Madrid.
- Razeto (1986). *Economía popular de solidaridad*. Chile.
- Rei, D. (1989). *Oltre il Welfare*. Gruppo Abele. Torino.
- Rifkin, J. (1995). *El fin del trabajo*.
- Rosanvallon, P. (1981). *La crise de L'Etat-providence*. Ed. Seuil.
- Tomás Carpi, J.A. (1992). *Poder, Mercado y Estado en el capitalismo maduro*. Tirant lo Blanch, Valencia.
- Walzer, M. (1984). *Liberalism and the Art of Separation*, en *Political Theory*.
- Walzer, M. (1983). *Spheres of justice: a defense of pluralism and equality*. Basic Books, New York 1. 983.